

DESDE GALICIA A LA HABANA. UNA HISTORIA DE VIDA COMÚN

Dra. Francisca López Civeira
Universidad de La Habana

Resumen: En este artículo se presenta la historia de vida de una inmigrante que integró una cadena familiar, como parte de la masiva inmigración gallega de principios del siglo XX a Cuba. Desde el recuerdo de su hija, con la incorporación de las herramientas propias del historiador, se analizan los diversos motivos de esa inmigración y la inserción de aquellos inmigrantes en la sociedad cubana, su vida cotidiana, la incorporación de nuevos elementos culturales, las relaciones con personas de otras comunidades españolas y la nostalgia que acompaña a la inmigración.

Palabras clave: Inmigración, gallego, cruzamiento cultural, identidad.

Abstract: This article points the story of a Galician immigrant who belonged to a family chain of immigrants. She was part of the massive immigration from Galicia to Cuba in the early XX Century. Through her daughter memory, adding the proper means of an historian professional, the article analyses the different motivations of immigration at that time, how those immigrants entered in Cuban society, thier daily life, the new cultural customs incorporated by them, the relationships stablished between people from different Spanish communities and the sense of homesickness always going with the immigration.

Key words: Immigration, Galician, cultural interchange, identity.

La entrada de inmigrantes españoles en Cuba durante las tres primeras décadas del siglo XX fue notable. En general, ese período atrajo un número importante de inmigrantes de diversas procedencias, entre los que se cuentan los que fueron a la Isla en calidad de braceros para los trabajos agrícolas en la cosecha de la caña de azúcar, cuando se produjo el gran crecimiento de esa industria en los años de la Primera Guerra Mundial. Estos procedían fundamentalmente de las islas antillanas cercanas. Sin embargo, a pesar de que en 1899 había terminado oficialmente la dominación colonial española, la inmigración de origen hispano mantuvo su primacía porcentual, y también un alto índice de masculinidad y soltería. En ese flujo migratorio tan significativo para Cuba, se inserta una historia que fue común a muchos de los que arribaban con el propósito de “hacer las Américas”.

Entre 1902 y 1934 entraron en Cuba un total de 1 293 058 inmigrantes, de los cuales más del 56% eran españoles. Entre 1919 y 1923 se produjo el período de mayor masividad, cuando entraron 415 111 inmigrantes, de los cuales más de 215 mil eran españoles, al que siguió el de 1924-1928 con un total de 232 189 y casi 85 mil procedentes de España; a partir de ese momento comenzaría a declinar notablemente la inmigración en general, mientras el país empezaba a ser emisor importante de emigrantes. Desde 1914 hasta 1923, la inmigración española sobrepasó el 50% de toda la inmigración, mientras que en períodos anteriores (1904 a 1913) había llegado a representar más del 70%. Por tanto, puede afirmarse que entre 1904 y 1934 entraron a Cuba más de 600 mil españoles como inmigrantes.¹

Dentro de esa entrada masiva de españoles en Cuba, al finalizar las guerras de independencia de la gran Antilla y establecerse su Estado nacional, se aprecia un desplazamiento en cuanto a las zonas emisoras de emigrantes en comparación con los siglos anteriores. Andalucía redujo su presencia progresivamente, Canarias comenzó a descender, mientras Asturias y fundamentalmente Galicia aumentaban significativamente. Si en 1899 la inmigración asturiana representaba el 24% del total de la inmigración española, en 1932 era el 33%; por su parte, Galicia aumentaba en esos años del 28% al 37%.² Quizás la marcada presencia gallega incidió en que se utilizara ese gentilicio en Cuba para referirse a los españoles en general: todos

¹ Los datos fueron elaborados por el Centro de Estudios Demográficos: *La población de Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, p. 75, a partir de los informes de los años 1902 a 1934 de Inmigración y movimiento de pasajeros de la Secretaría de Hacienda de la República de Cuba.

² Ver Consuelo Naranjo Orovio: “La población española en Cuba, 1880-1953” en Consuelo Naranjo Orovio y Tomás Mallo Gutiérrez (editores): *Cuba, la Perla de las Antillas*. Ediciones Doce Calles, Madrid, 1994, pp. 132-133.

eran “gallegos”. También lo numeroso de las colonias asturiana y gallega, así como el poder que llegó a tener una élite dentro de esos inmigrantes, explica la construcción de los monumentales edificios del Centro Gallego, iniciado en 1910 aunque manteniendo en su interior lo que había sido el teatro Tacón, y el Centro Asturiano inaugurado en 1928, ambos en el corazón urbanístico de La Habana de entonces. La colonia gallega ya se había hecho sentir numéricamente desde antes, al punto que tenía sus sociedades regionales y hasta su propia prensa desde el siglo XIX, como lo fueron *Aires da miña terra* (1892), *El eco de Galicia* (1878-1901), *Galicia moderna* (1885-1890) o *La tierra gallega* (1894-1896); pero con la entrada del siglo XX se haría más numerosa.

De igual manera puede observarse que, por su procedencia, la mayoría de los inmigrantes entre 1903 y 1927 eran jornaleros (59%), a los que siguen labradores (17%) y sin ocupación en su lugar de origen (16%), para convertirse fundamentalmente en dependientes de pequeños comercios, algunos en socios dentro de la actividad comercial o industrial y otras actividades, mientras otros se transformaban en empleados domésticos en el lugar de destino, a la vez que su mayor concentración se producía en la capital de Cuba, La Habana.³ No es propósito de este trabajo discutir la exactitud de las cifras de inmigrantes, solo se trata de establecer el marco general en que se inserta la historia de vida de una inmigrante gallega en específico y mostrar el ambiente que la rodeaba.

Entre los numerosos inmigrantes españoles que llegaron a Cuba provenientes de Galicia en la década del 20, se cuentan dos hermanas nacidas en Marañís, una pequeña aldea de Ourense, que vivieron y murieron en la nueva tierra de adopción como tantas gallegas llegadas de las empobrecidas zonas rurales de su país natal. Al igual que muchas otras, se insertaron en el nuevo medio desde las posiciones más humildes de empleadas domésticas, y vivieron con la nostalgia de lo que habían dejado atrás, de su familia, del horno a cuyo entorno se situaban para ahuyentar el frío en el invierno, del pote donde se hacía el “caldo gallego”, de los castaños con sus ourizos, de la época en que se aventaba el centeno, de los olores de la tierra y de tantos recuerdos que transmitían a sus descendientes cuando la “morriña” las atrapaba.

Una cadena familiar

Como era bastante común, ya había un familiar en Cuba: el tío José -José Fernández Rodríguez- estaba asentado en La Habana, en el barrio de El Cerro, donde había creado familia cubana de su matrimonio con la gallega

³ Ibid. p. 134

Asunción. También había llegado a La Habana una hermana de José, Teresa Fernández Rodríguez, la “tía Teresa”. Con una descendencia abundante de 4 varones y una hembra, José recibió después a su cuñado, Avelino Civeira Bernardez, quien llegaba para salvar a sus pobres tierras de las deudas y a la numerosa familia de 7 hijos sobrevivientes -3 hembras y 4 varones- que quedaban al cuidado de la esposa, Generosa Fernández Rodríguez, en la lejana Marañís. El recién llegado apenas tuvo tiempo para encontrar acomodo en la nueva tierra: al año de estar en Cuba murió de una epidemia cuyo nombre se perdió en la memoria familiar, así como la fecha exacta de su muerte. Según consta en el Registro Civil del Centro, Avelino murió a los cuarenta y cinco años en la casa de salud La Benéfica, siendo jornalero, a las 11 de la noche del 10 de junio de 1923 a consecuencia de paludismo crónico. Está enterrado en una fosa común del Cementerio de Colón, en La Habana.⁴

Ante la tragedia familiar, ahora agravada económicamente por las deudas de las tierras y del viaje del padre aún no pagado, correspondió a las hijas mayores de Avelino asumir la solución del problema: había que ir también a “hacer las Américas”, había que ir a Cuba. Primero llegaría la primogénita, Manuela Civeira Fernández, nacida en Marañís el 14 de febrero de 1908; al año llegaría la segunda, Josefina Civeira Fernández. Josefina había nacido en Marañís, según consta en la certificación del Registro Civil de Piñor, el 10 de julio de 1909. No sabía entonces que nunca más regresaría a España.⁵

Las nuevas inmigrantes solo contaban con las primeras letras aprendidas en la aldea, la pobreza vivida en el hogar y el luto por el padre muerto. Se enfrentaban a un medio y una vida desconocidos y hasta a parientes de los que solo sabían los nombres. Tenían, además, una importante responsabilidad familiar que cumplir a sus cortos años. Se iban a insertar en el nuevo medio donde serían parte de las redes que se entretrejan entre los inmigrantes españoles de diferentes procedencias, en especial, pero no exclusivamente, de Galicia.

Los múltiples motivos de la emigración

En el grupo familiar emigrado desde Ourense a Cuba, el primero fue José María Fernández Rodríguez, hijo de Manuel y Manuela, nacido en Moide, Ourense, en 1883. El joven José partió de su tierra huyendo al posible castigo por una maldad de juventud: formaba parte del grupo de mozos que

⁴ Certificado en poder de la autora. Un nieto español, que al igual que los demás nietos no lo conoció, lleva su nombre, Avelino.

⁵ Todos los documentos familiares citados se conservan por la familia de la autora, FLC, y de su primo José Manuel Fernández Álvarez.

habían abierto un hueco en el camino, que después habían disimulado, donde el cura de la parroquia cayó y se fracturó una pierna. Para evitar la sanción decidieron poner mar por medio y en 1900 llegaba a Cuba quien iniciaría la cadena de la emigración familiar. Ya en Cuba, conoció a otra gallega emigrada con quien se casó el 10 de marzo de 1908: Asunción Pardo Díaz, procedente de Fonsagrada. El segundo hijo de José, Manuel Fernández Pardo, “Manolo”, nacido en Cuba al igual que sus hermanos, también contrajo matrimonio con una gallega emigrada.

La joven Carmen Álvarez Vázquez, nacida en 1915 en Riquias, perteneciente a Muiños, Ourense, llegó a Cuba en 1927. Su madre, Teresa, había arribado a la nueva tierra dos años antes en busca de mejores posibilidades de vida y la había dejado al cuidado de la abuela; pero esta murió a los 2 años y Teresa tuvo que ir en busca de la niña. Teresa trabajaba como cocinera en una casa de huéspedes que albergaba a españoles solteros. La niña Carmita iría a estudiar en la escuela primaria “Concepción Arenal” que era fomentada por el Centro Gallego. Ya no sería una doméstica, sería una obrera y se casaría con el cubano Manolo, de quien tendrían un varón, José Manuel Fernández Álvarez, Joseito.⁶ Hasta él, los nombres de los Fernández Rodríguez siguieron repitiéndose en la familia. Justamente la escuela “Concepción Arenal” fue el espacio para el encuentro del cubano hijo de gallegos y la joven gallega emigrada, pues allí estudiaba el hijo menor de José quien fue el enlace para que se conocieran Manolo y Carmita.

Como se ha apuntado, Avelino Civeira, primero, y sus hijas mayores después, salieron por razones económicas, para salvar a la numerosa familia de la penuria en que vivían. La tía Teresa también había buscado un horizonte más promisorio, aunque dentro de un conflicto personal por el hijo que marchó a Argentina, al parecer de conducta algo díscola, lo que decidió su regreso a España a fines de la década del cuarenta con la intención de quizás ir a Argentina y encaminar mejor la vida del hijo. No volvió a Cuba.

En las relaciones que establecieron, las dos jóvenes de Marañís toparon con otros inmigrantes que tenían distintas circunstancias. Josefina haría su vida junto a un castellano que, como muchos otros de su generación, había huido a los 14 años hacia Francia para evitar la “leva” que los llevaba a África a combatir y morir. Sus padres ya estaban asentados en Cuba y la madre iba a España a parir y dejar sus hijos al cuidado de la abuela. Anacleto fue ilegalmente a Francia a través de los Pirineos como parte de un tráfico

⁶ Mi primo Joseito, único descendiente directo del tío José que aún me acompaña en la tierra cubana, conserva recuerdos que me aportó para esta reconstrucción.

de mano de obra de menores. Ya en esas circunstancias, cuando contaba quince años, la madre fue en su busca y de sus dos hermanas para traerlos a Cuba.

Las causas de la emigración eran múltiples, pero la condición de inmigrantes creaba vínculos de unión entre la gran cantidad de españoles residentes en Cuba.

La vida común de una inmigrante gallega

¿Cómo serían las vidas de Manuela y Josefina Civeira, aquellas jóvenes inmigrantes gallegas? Como era bastante usual, entrarían a formar parte del servicio doméstico en casas de la media o la alta burguesía cubana. En la imagen de entonces, la representación de la gallega estaba asociada a docilidad, laboriosidad y honradez, lo que las hacía clasificar como buenas empleadas domésticas o “criadas”, como se llamaba a quienes desempeñaban ese tipo de trabajo. Con la ayuda del tío José, se encaminaron en ese servicio.

No todos los gallegos eran empleados domésticos, el tío José trabajaba en los tranvías de La Habana, por tanto había sido fundador de ese servicio al llegar a Cuba durante la primera ocupación militar norteamericana de la Isla (1899-1902). Su función era ensebar las líneas para que el tranvía no chirriara al hacer los giros en las estrechas calles de la Habana vieja, en la zona cercana al antiguo Palacio de los Capitanes Generales, entonces sede de la Presidencia de la República. Para que el ruido no molestara el descanso de tan altos funcionarios, José ensebaba las líneas. En 1935 se jubilaría y pasaba a arrendar una finca en Villa María, localidad situada en la periferia de La Habana, de donde se trasladó en 1939 a la cercana Guanabacoa, donde vivió hasta su muerte en 1951. Pero las dos mozuelas recién llegadas engrosarían las filas del servicio doméstico.

El trabajo doméstico, generalmente, incluía la obligación de dormir en la casa de los “señores”. El día libre de la semana era para ir a la casa del tío y, andando el tiempo, asistir a alguna romería de la sociedad gallega a la que se asociaban, compartir con los primos en la casa familiar o en las romerías, donde no faltaba el gaitero que tocara los aires de la tierra, en particular la muñeira, aunque se incluían también jotas y pasodobles y se añadía el danzón como baile cubano. Se establecían amistades con otros compatriotas, independientemente de la región de origen, pues, una vez en Cuba, todos se mezclaban bajo la condición de españoles. Es cierto que se pertenecía a una sociedad regional de acuerdo con el origen de cada cual, y

que cuando se encontraban inmigrantes que procedían de la misma aldea y hasta de provincia o región se establecía una relación especial de “vecinos”, pero se estrechaban lazos afectivos a partir del destino común de emigrados y se iban borrando las diferencias del mosaico multicultural español.

Sin embargo, los gallegos tenían una desventaja: no hablaban correctamente el castellano; la influencia de su lengua materna se traslucía en la forma de pronunciar algunas palabras. De manera que era muy fácil discernir el origen gallego si decía estábamos o “estabamos”, pronunciación que podía ser objeto de mofa. Esta forma del habla gallega era caricaturizada en el teatro bufo cubano donde los personajes centrales eran el gallego, el negrito y la mulata, personajes que perduraron durante mucho tiempo adaptándose a los espacios humorísticos de otros medios, como la radio y la televisión. Estos personajes encarnaban a tipos de los sectores populares de la sociedad cubana: el negrito y la mulata reflejaban, con gracia y picardía, al cubano pobre que debía “inventar” cada día el modo de ganar el sustento, mientras el “gallego” era el español, generalmente “bodeguero”, —o sea, dueño de un pequeño comercio de venta de víveres— encandilado con la mulata, también pretendida por el negrito, a quien se retrataba de burlar para obtener algún beneficio o producto de su bodega. Después se añadió el “sobrín”, representando al sobrino traído desde la aldea para trabajar junto al tío, que se convirtió en el “tí” en el castellano del recién llegado sobrino quien vivía pobremente y hasta dormía en una cama improvisada dentro del local que ocupaba el establecimiento.

De las dos hermanas, fue Josefina quien se esforzó más por eliminar los defectos en la pronunciación del español en Cuba. Largas horas y meses con un diccionario y una libreta, repitiendo las palabras por escrito y en voz alta, le permitieron mejorar su caligrafía y dominar la pronunciación y escritura castellana. Podía hablar sin temor a la burla de españoles y cubanos.⁷

El trabajo realizado en funciones de “criadas” comprendió tanto la limpieza de la casa donde trabajaba cada una, como el lavado de la ropa o el cuidado de los niños u otras tareas domésticas, en dependencia de la casa donde estuvieran “colocadas” y la labor que se requiriera. La dedicación y el ahorro extremo permitieron a las dos hermanas aliviar a su familia, enviando las remesas que cancelaron las deudas, y ayudaron a la madre en la manutención de los hermanos menores. En tales labores, Manuela tuvo la posibilidad de visitar a su familia en el contexto de la crisis revolucionaria

⁷ Los testimonios que aquí se reproducen fueron expresados por Josefina y Manuela a lo largo de la vida a esta autora, quien los ha conservado en la memoria familiar; también se incluyen los recuerdos del primo “Joseíto”.

cubana de los años 30. La casa en la que trabajaba se cerró, pues sus dueños decidieron tomar un crucero para hacer un largo recorrido en espera de que la tiranía de Gerardo Machado cayera y la situación política se estabilizase, por lo que la joven gallega debió viajar con ellos para cuidar a los niños. Esto le dio la posibilidad de visitar su aldea por 45 días, cuando el barco tocó puerto español. Veía a la madre y a los hermanos Edelmiro, Remigio, Digna, Manuel y José. Este último emigraría después hacia la Argentina donde murió.

Como suele ocurrir, los jóvenes se enamoran y empiezan a vislumbrar otros caminos en pareja. Manuela fue la primera en casarse, lo haría con Fidel Gil García quien, según carné del Registro de Extranjeros emitido el 14 de septiembre de 1932, era natural de España y en esa fecha tenía 32 años, por lo que habría nacido en 1900. De acuerdo con las normas de la época, Manuela dejaría de trabajar “en la calle” para dedicarse a ser ama de casa.

El matrimonio tuvo una pequeña que murió a los pocos días de nacida, mientras un año y medio más tarde moría Fidel. La joven viuda tuvo que salir de nuevo a “colocarse” como doméstica. Según decía, quería trabajar con niños, pero fuera de La Habana para alejarse de los recuerdos dolorosos. Empezó a trabajar con una familia de la alta burguesía que vivía casi todo el año en la casa de vivienda del administrador en el central azucarero Cunagua (hoy Bolivia), situado en Morón, en la actual provincia de Ciego de Ávila, que pasó a ser propiedad de una compañía norteamericana. El trabajo consistió en hacerse cargo de una niña de 45 días de nacida y así recibiría a los otros cuatro niños que llegaron después. Al poco tiempo, la familia regresó definitivamente para La Habana y, con ellos, regresó Manuela para no irse más. No se volvió a casar y dedicó su vida a querer a aquellos niños como propios y a sus dos sobrinas nacidas en Cuba.

El trabajo de “manejadora”, como se denominaba entonces a quienes se ocupaban de cuidar a los niños de las familias ricas, exigía una dedicación constante. La “tata” tenía que dormir junto a las habitaciones de los niños para atender sus necesidades a cualquier hora, y estar al tanto de todo lo que les hiciera falta. Manuela solo tenía libres los viernes en la tarde, momento que utilizaba para visitar a su hermana y la familia que esta había creado o, si se exhibía alguna película española, ir primero al cine. Al anochecer regresaba a la casa de los “señores” hasta el siguiente viernes. Pero era un trabajo seguro y había puesto todo su amor maternal en aquellos pequeños que atendía; además, ser “manejadora” en una casa de la alta burguesía constituía un status de privilegio dentro del personal doméstico, al tiempo que se iba asimilando a los intereses y la representación de la familia donde

trabajaba, de manera que se asumía como partícipe de esa alta condición social desde el lugar que ocupaba. De alguna forma, sentía que compartía el privilegio de los señores.

Josefina, por su parte, había seguido en el trabajo doméstico hasta que contrajo matrimonio con Anacleto López Ríos, español nacido en la aldea llamada Quintanabaldo, en Burgos, el 19 de diciembre de 1905, quien era trabajador de una fábrica de refrescos. Anacleto había desempeñado distintos trabajos: ayudante de bodega, chofer particular, vendedor de productos lácteos, chofer de ómnibus, chofer de auto de alquiler y otros. Conoció a Josefina, “Fina”, a través del gallego Ramón Otero, un antiguo compañero de trabajo en el servicio doméstico devenido carbonero, vinculado a Josefina por lazos de vecindad.⁸ El 8 de junio de 1940 contrajeron matrimonio.

Al año siguiente, en 1941, nació su primera hija mientras poco más de dos años después nacería la segunda. Las niñas serían inscritas con nombres familiares; la mayor con el de la madre, Josefina, mientras la menor llevaría el nombre de la abuela paterna, Francisca. Serían Finita y Paquita. Por supuesto, Josefina ya no era más una “criada”, ahora era ama de casa y tendría mejor suerte en la permanencia de su familia.

Preservación y cruzamiento cultural

Dentro de las relaciones que se entrelazaban entre los inmigrantes españoles, como ya se ha apuntado, se iban desdibujando las diferencias regionales: el matrimonio se había realizado entre una gallega y un castellano, el padrino de la hija mayor era asturiano, el de la menor era vasco. Los amigos serían “el Curro”, “el Mallorquín”, “el Catalán” y otros de diferentes orígenes peninsulares, las romerías integrarían muchas veces a los amigos de distintas regiones. La familia asistía a las actividades de la Sociedad Burgalesa, o de la Gallega o de Cangas de Onís, Parras y Amievas indistintamente. El pasodoble era bailado por todos y la visita de un artista español convocaba masivamente a sus funciones, tanto si era Conchita Piquer, como el Niño de Utrera, Lola Flores, Juan Legido, Paquita Rico, Carmen Sevilla, Juanita Reina, Pedrito Rico, Sarita Montiel, Antonio Molina o el niño Joselito. Por los años de mi niñez y adolescencia alcanzó gran popularidad una canción que, sin duda, resultada muy sensible para quienes se sentían identificados con ella: “El emigrante”. Grupos como Los Bocheros y orquestas como Los Chavales de España y Los Churumbeles constituían grandes atracciones,

⁸ Era muy popular la imagen del carbonero en la ciudad de aquella época, pues con su coche repartía las sacas de carbón vegetal a sus clientes. Este era el principal combustible para cocinar en esa época.

mientras la gran Carmen Amaya despertaba una particular expectación. El éxito de los artistas ibéricos estaba asegurado por los españoles residentes en Cuba y por sus descendientes, y también por la influencia de la cultura española dentro del gusto cubano. Las películas de esa procedencia tenían público seguro, más aún si eran musicales.

En la cocina familiar predominaban los distintos platos españoles: desde el famoso caldo gallego con sus papas, berzas, nabos y productos ahumados del cerdo como chorizo, hunto, lacón y tocino; hasta las patas a la andaluza, la fabada asturiana, la paella valenciana, el pisto manchego y los garbanzos que tanto gustaban al padre castellano. El arroz no era tan frecuente en la mesa como es costumbre en Cuba, por lo general se utilizaba más la papa o patata y la madre gustaba de asar boniatos pues, decía, le recordaban el sabor de las castañas, las que solo podía comprar cuando llegaba la Navidad y los días de fin de año. Durante el invierno, mojar pan en vino tinto era un momento especial, era lo que llamaba “sopa de burro cansado”. Alguna vez cocinaba pulpo, entonces era un gusto verla con las tijeras en la mano cortar los largos tentáculos, pero mayor fiesta era cuando preparaba la masa de los “frichuelos” o fixoas. El dulce de arroz con leche era una especialidad también muy elogiada. No obstante la permanencia de los gustos culinarios en los que se entremezclaban platos de diferentes regiones españolas, se iban introduciendo alimentos criollos, como los frijoles negros, los moros y cristianos, el arroz con grí, los plátanos fritos verdes o maduros, más la yuca con mojo y el cerdo asado en las grandes celebraciones. En esta incorporación de los alimentos de la nueva tierra, tenía un lugar especial la preparación de las frituras de yuca y el tamal en cazuela. También, en ocasiones, se consumía la ensalada fría de papas y bonito con la salsa mayonesa que ella preparaba a mano, lo cual constituía otro momento de placer para mí. La cocina mostraba el entrecruzamiento de diferentes culturas.

Mi madre no hablaba gallego con nosotras, siempre habló en castellano; pero sí recordaba en voz alta cantos y expresiones. Su canción predilecta era “Una noite na era do trigo”, cuyo texto llegué a aprender aunque después supe que era mucho más largo de lo que yo había oído; también repetía lo de “Airiños, airiños aires, airiños da miña terra (...) airiños levadme a ela” o algunos refranes como “carro traseiro, o muy cargado o muy valeiro”⁹. Ese era el gallego que utilizaba a veces en la casa, no más. Cantaba otras tonadas españolas con su pequeña voz de soprano muy agradable, siempre

⁹ Transcribo estas palabras tal y como las utilizaba mi madre, sin rectificación en la ortografía de la lengua gallega.

solicitada por el primo Manolo cuando nos reuníamos, por lo que le oía pasodobles, zambras y cuplés. Le gustaban especialmente las canciones que popularizaron Imperio Argentina y Conchita Piquer y eran las que mejor se sabía. También disfrutaba de algunas canciones cubanas, sobre todo de los danzones cantados por Barbarito Diez. Después le gustaron algunos boleros, pero no los cantaba, al menos en público, para esas esporádicas ocasiones entre amigos y parientes solo entonaba la música española.

De los hijos de su tío José, mi madre siempre conservó la relación afectiva más estrecha con su primo Manolo, a quien mi padre también profesaba especial afecto. Manolo era cubano de primera generación, por lo que ya era portador de la cultura del país, aunque mezclada con la gallega propia de sus padres. Alegre, divertido, su sola presencia era sinónimo de fiesta para nosotras, y con él entonábamos canciones tradicionales cubanas o de la región caribeña, en especial “Campanitas de cristal” que siempre tenía dispuesta, o le hacíamos el coro con el estribillo “Quiero un sombrero de guano, una bandera, quiero una guayabera y un son para bailar” para que él hiciera sus improvisaciones; también bailábamos pasodobles y música cubana. Manolo tuvo suegra y esposa gallegas, con lo que seguía desarrollándose el cruce dentro de la familia. Nos reuníamos con mucha frecuencia los domingos, momentos que mi madre disfrutaba. A veces llegaba el primo con su voz tronante y una bolsa que entregaba a mi madre para que hiciera sus especiales patas a la andaluza.

Mi tía Manuela conservó más la lengua gallega. Por supuesto, tenía que hablar el castellano corrientemente, aunque lo hacía con acento gallego; pero algunas veces utilizaba su lengua materna como un juego con nosotras y, andando los años, con los nietos que le dimos y que la vieron y quisieron como abuela, sin el “tía-abuela”. No cantaba como mi madre, pero era animosa y se ganaba la simpatía de los niños con mucha facilidad. Siempre tenía algún pequeño proyecto de futuro, aunque solo fuera hacerse de una simple repisa para la casa, y con ese ánimo continuó aún cuando ya rebasaba los 80 años.

En las romerías a las que asistíamos, generalmente en los jardines de las cervecerías La Polar o La Tropical, siempre estaban los gaiteros a la entrada. Allí aprendí a bailar la muñeira -lo primero que bailé de niña- aparentemente bien pues los adultos disfrutaban haciéndome el corro para que bailara. Después del almuerzo, donde era usual la empanada de conejo y la paella -al menos es lo que más recuerdo de aquellas comidas que no constituían entonces el principal atractivo para mí-, se retiraban las mesas y comenzaba el baile. Las parejas danzaban en rueda dando vueltas al salón

al ritmo del pasodoble. Mis padres bailaban juntos aquel ritmo y también los danzones que se insertaban. Fue mi padre quien me enseñó a bailar el danzón, único baile cubano que él dominaba. Algunos domingos íbamos a una especie de pequeño restaurante nombrado “Bar Petra”, en la llamada Carretera del Lucero, cerca del Campo Armada, cuando visitábamos el pequeño poblado cercano a La Habana denominado Cotorro; allí había paisanos que gustaban también de poner la muñeira que tenían en la victrola¹⁰ para que la niña la bailara, u otros aires españoles, principalmente los pasodobles.

Hijas de obrero y ama de casa, no accedíamos al Casino Español; pero nacimos en la clínica mutualista Hijas de Galicia, de la cual éramos socias junto con mi madre y mi tía. Como se trataba de una “quinta” para mujeres, mi padre era socio de otra clínica mutualista para hombres: La Benéfica. Independientemente de que apenas tuvimos que utilizar sus servicios, era una garantía estar asociados a una “quinta” del sistema mutualista, vinculada a las asociaciones regionales españolas que existían entonces, pues daba seguridad ante cualquier dificultad de salud. Como socias de Hijas de Galicia, tuvimos oportunidad de visitar alguna vez el balneario del mismo nombre, en las playas del oeste de La Habana.

En la época en que yo asistía con mis padres a las actividades de los centros regionales, quedaban rezagos del trauma que había causado la Guerra Civil española dentro de la numerosa colonia de inmigrantes. Mi padre, republicano por convicción, veía con cierto rechazo a quienes habían alineado -y alineaban- en el franquismo, conocidos por su asistencia al denominado “Plato Único”, forma de recaudación de fondos inaugurada durante la guerra por grupos falangistas, además de otras maneras de expresión. Sin duda, aquel desgarrador acontecimiento había calado en la amplia colonia española en Cuba, tanto la que ya estaba asentada en la Isla cuando se produjeron los acontecimientos, como la que llegó después. Lo curioso es que mi tía era simpatizante de Franco sin ninguna motivación ideológica, solo porque era gallego; aunque no hacía comentarios sobre ello cuando nos visitaba porque conocía muy bien las ideas de su cuñado, quien por demás la apreciaba y consideraba mucho, quizás porque cuando era novio de mi madre vio su sufrimiento ante sus grandes pérdidas, o quizás por el carácter bondadoso y optimista que siempre la acompañó y por su amor a nosotras. Mi padre siempre conservó un pañuelo con los colores de la bandera republicana que se anudaba al cuello para asistir a los desfiles del Primero de Mayo.

¹⁰ Se trata de un fonógrafo, equipo de música que era muy habitual en los bares y otros lugares públicos de consumo de bebidas y comidas. En Cuba también se les llamaba “traganíqueles” por las monedas de cinco centavos que se introducían para escuchar una canción grabada en disco.

Las imprecisiones de la propia identidad

Los seres humanos comienzan por identificarse con su propio nombre, su lugar y fecha de nacimiento, para incorporar la construcción social de la cultura a que pertenecen como personas denominadas individualmente. No siempre aquellos emigrados tenían esas precisiones a la mano, por lo que podían aparecer datos de identificación en España que no concordaban con los que, por declaración oral, se establecían en Cuba. Se utilizaba la memoria, no siempre bien entrenada en esas precisiones. Es el caso del apellido Civeira.

Como la madre y la tía firmaban su apellido Cibeira, las niñas Finita y Paquita también lo utilizaban así, hasta que andando el tiempo apareció en los documentos de ambas una anomalía: la mayor era Cibeira, pero la menor estaba asentada como Civeira. Lo que durante muchos años se tuvo como un error en el segundo caso resultó que, casualmente, no era error. Los documentos oficiales españoles, como certificaciones emitidas por el Consulado de España en La Habana y certificaciones de nacimiento, dejan en claro que el apellido se escribe Civeira. Los documentos emitidos en Cuba por declaración oral, sin embargo, tienen el apellido Cibeira.

Quizás la mayor anomalía en este sentido se encuentra en el Poder emitido por Josefina y Manuela a favor de su madre en 1949. En el texto oficial del Consulado de España se escriben los apellidos Civeira, sin embargo, en la firma de ambas hermanas se hace constar la errónea escritura de Cibeira. Sin duda, el descuido y quizás la costumbre, llevaron a que, mientras vivieron, las hermanas inmigrantes siempre utilizaron su apellido con error, lo que también ocurre con la familia que quedó en España. En definitiva, no había herencias que reclamar y que necesitaran de las subsanaciones pertinentes.

Los apellidos de mi abuelo Avelino también aparecen cambiados. En la certificación de nacimiento de su hija Josefina aparece escrito su nombre completo como Avelino Civeira Bernardes, mientras que en el Certificado de su defunción en La Habana está asentado como Avelino Cibeira y Bermudez.

Las fechas de nacimiento también presentan imprecisiones. Las referencias de mi madre a su edad cuando emigró y cuando se casó no coinciden con la fecha que aparece en su certificado de nacimiento. En la certificación de matrimonio aparece ella con 27 años, mientras mi padre cuenta 35, lo cual es inexacto en el caso de mi madre. Algo similar pasaba con Carmita, la esposa del primo Manolo. Como había llegado a Cuba siendo niña aún, no tenía bien esclarecida la idea de su edad en aquel momento. Refería haber llegado con 10 años, cuando en realidad tenía 12 de acuerdo con su certificación de nacimiento.

Ese problema de la inexactitud era bastante común: se declaraba de acuerdo con la memoria, no siempre fiel. Mi padre siempre tuvo la imprecisión de si había nacido el 19 o el 20 de diciembre, aunque el certificado de nacionalidad emitido por el Consulado español en La Habana en 1933 señala el día 19. Él afirmaba haber nacido en Quintanabaldo, mientras el certificado referido dice Quintana, provincia de Burgos. Sin duda, los emigrados no tenían sus datos personales precisos, por lo que las informaciones documentales no siempre coinciden, menos aún las que tenían por base el testimonio oral.

Añoranza y retorno

En 1949, según documento firmado por el Cónsul General español, Conde de la Enjarada, mi madre y mi tía emitieron un Poder a favor de mi abuela Generosa, quien siguió viviendo en Marañís, para que dispusiera de cuantos bienes muebles o inmuebles les pudieran corresponder a ellas por herencia u otra vía. En su concepto, si bien ellas habían trabajado para ayudar a la familia a salir de la crisis y mantenían su ayuda dentro de lo que les era posible, en especial mi tía que no tenía familia propia que sostener, cuanto pudiera corresponderles debía ser de la madre. Evidentemente, el retorno no formaba parte de las perspectivas de futuro. Todavía cuando mi abuela murió y mis tíos salieron definitivamente de la aldea, ambas decidieron que lo que les correspondía pasara a sus hermanos, lo que comunicaron en carta a mi tío Edelmiro que yo escribí a nombre de ellas. Habían cumplido su deber con la familia y no esperaban nada a cambio de ello, tampoco podían ya pensar en el regreso: mi madre tenía su vida y su familia hecha en Cuba y mi tía también había hecho su vida en la nueva tierra, donde estaban los restos de su hija y su esposo.

Dentro del entorno familiar, la abuela materna de mi primo Joseito fue la primera que visitó la aldea natal, aparte del viaje de trabajo de mi tía Manuela referido anteriormente. Teresa fue a España en 1952. Entonces iba en barco cargada con el clásico baúl. Al retorno traía un cargamento de productos ahumados de cerdo hechos en la casa familiar, de acuerdo con el encargo de su yerno Manolo. Era un gran acontecimiento: se podían poner en la mesa los platos de la tierra “de verdad”, pues tenían los ingredientes llegados de allá.

La idea del retorno no estuvo presente en mi familia: ya no era posible; lo cual no significa que no quisieran ver otra vez su tierra, aunque dentro de un sentimiento complicado y ambivalente. Solo la tía Teresa regresó obligada por circunstancias familiares. Mi tía Manuela fue la única que logró volver

de visita a fines de la década del cincuenta. Recuerdo el baúl prestado que estuvo tiempo en mi casa llenándose con la ropa casi nueva que dejaba la familia donde tía Manuela trabajaba. Con lo reunido durante toda una vida de trabajo y austeridad, tomó el barco que la llevaría por unos meses a disfrutar la compañía de su madre, hermanos y ya también sobrinos y cuñados. Dejó la imagen de la triunfadora. Llevaba a la España de los cincuenta un baúl lleno de regalos y los dólares guardados durante más de treinta años. Consecuente con la mentalidad propia de la mayoría de los emigrantes, mi tía se mostró ante la familia como la “indiana” exitosa. Este era un sentimiento inconsciente, la movía de manera directa el deseo de ver a su familia y, sobre todo, a la madre. Recuerdo la despedida en el muelle de La Habana, mi padre ocupándose de los asuntos del equipaje, mi hermana y yo de pie agitando las manos para decir adiós algo azoradas por el ajetreo y la imponente imagen del barco, y mi madre llorando, ella no tenía la posibilidad de volver a ver a su madre y hermanos.

El viaje de mi tía fue un gran acontecimiento. Ella vio una aldea cambiada. Cuando regresó pasó unos días en mi casa antes de reincorporarse a su trabajo y volver a su vida habitual. Venía con el baúl lleno de chorizos hechos en la casa materna -por cierto, nunca he comido otros tan sabrosos como aquellos- y unos tapices tejidos por mi abuela de los cuales conservo el que era de tía. Venían bebidas escarchadas con las que invitaba a los visitantes que acudían a saludarla. Algunos eran vecinos y acudían en busca de noticias de la familia y la tierra. Ella contaba de la nueva carretera que llegaba a la aldea y otras novedades en la vida de la familia. También mostraba las fotos donde aparecían muchas personas junto a ella, pero que apenas mi madre reconocía. Habían pasado los años y todo había cambiado.

Mi madre nunca habló de su deseo de viajar a España, era una persona callada, siempre en función de su casa y, sobre todo, de sus hijas. Teníamos que ser mejores, teníamos que estudiar y hacernos un camino diferente. Para ello nos tomaba las lecciones de la escuela con mucha atención y nos liberaba de deberes hogareños para que dedicáramos el tiempo a estudiar. Este criterio era compartido por mi padre quien, poco común para su generación y medio, insistía en que debíamos ser independientes, teníamos que estudiar para no depender de nadie en el futuro. Realmente no era una percepción compartida en su círculo de amigos, quienes veían a sus hijas hembras en función exclusiva del matrimonio. No obstante, mi padre sí expresaba el deseo de visitar España, pero era el deseo de ir con toda la familia a conocer su país pues, decía, solo conocía de España la aldea donde nació y el puerto por donde salió. Nunca pudo realizar el sueño.

Mi padre siempre decía que si volvía a su aldea podría no reconocer a nadie, que seguro ya todo era distinto; mi madre también sabía que todo debía ser distinto, sin embargo seguía recordando el lugar que dejó. Recordaba cuando la enviaron a casa de otros parientes y el trabajo que debía hacer en la especie de posada que tenían, la reacción de su padre cuando vio el trabajo que estaba haciendo y su decisión de llevársela de allí. Tenía un recuerdo especialmente cariñoso de su padre. Recordaba los días de invierno, cuando la familia se reunía alrededor del horno para calentarse; recordaba cuando se aventaba el centeno y a ella le producía dolor de cabeza; recordaba a sus hermanitos y decía que ella era la única morena porque los demás eran rubios y de ojos claros; recordaba el barco en que viajó a Cuba en tercera clase y los mareos que padeció; recordaba al tío José y las reuniones con los primos en Villa María y recordaba las casas donde trabajó y a sus compañeras, también españolas. Había días en que nos contaba de pasajes de su vida, pero lo que más le gustaba recordar eran los tiempos en su casa natal. Nos describía la casa, el campo, las plantas, las flores, las costumbres de la familia y las actividades que se desarrollaban en la aldea. Alguna vez también contó que la familia de mi abuela Generosa se disgustó mucho cuando ella se casó con mi abuelo Avelino porque él era de una aldea más pobre. Quizás por eso mi madre no hablaba de sus abuelos.

Mi padre murió primero, en 1980, en noviembre de 1991 murió mi tía Manuela y dos meses más tarde, en enero de 1992, murió mi madre. Tuvieron la alegría de ver que nosotras habíamos alcanzado el sueño de tener una vida diferente: éramos profesionales y profesoras universitarias. Mi madre nunca regresó a su aldea. Es cierto que ya no se reunían en derredor del horno para calentarse pues cocinaban en cocina de gas, no hacían el caldo en el pote, que era ya un objeto en desuso, y el acceso a la aldea ya era por carretera; tampoco había nadie de la familia allí para cultivar el campo y criar animales, no había huerta que cuidar, era un lugar casi desierto y abandonado.

Mi madre vivió la vida común de la mayoría de las inmigrantes gallegas en Cuba, también conservó la nostalgia por lo que había quedado atrás sabiendo que no lo recuperaría. Sabía que todo debía haber cambiado, pero siempre siguió pensando en un país que ya no existía más que en sus recuerdos.

OS RECURSOS XEOGRÁFICOS NON ORIENTE OURENSÁN COMO ELEMENTO DINAMIZADOR DO SECTOR TURÍSTICO¹

Josefina Pato Lorenzo
Departamento de Historia, Arte e Xeografía
Universidade de Vigo

Alberto Vaquero
Departamento de Economía Aplicada
Universidade de Vigo

Resumo: Este artigo describe a situación xeográfica das tres comarcas do Leste ourensán (Valdeorras, Terra de Trives e Viana do Bolo) incidendo non aproveitamento dos seus recursos como elemento dinamizador da actividade turística na zona. Así mesmo, plantexa un conxunto de recomendacións de interese de face a millorar a potencialidade dos mesmos para a explotación turística.

Abstract: This article describes the geographical situation of three regions of east of Ourense (Valdeorras, Terra de Trives and Viana do Bolo) affecting in the utilization of his resources as revitalizing element of the tourist activity in the zone. Likewise, its makes a set of recommendations of interest in order to improve the potential of the resources for the tourist development.

Palabras chave: xeografía, recursos naturais, turismo, leste ourensán

Keywords: Geography, natural resources, tourism, east of Ourense

¹ Este artigo forma parte dun traballo máis completo dirixido polo profesor Dr. D. Xosé Antonio Fidalgo Santamariña e financiado polo Vicerreitorado de Planificación e Desenvolvemento do campus de Ourense, titulado *Patrimonio etnográfico e desenvolvemento turístico non oriente ourensán*.